

las facultades intelectuales, desempeñaba siempre puntualmente las funciones de su empleo, servía con eficacia a cuantos le ocupaban, y mantenía correspondencia regular, de su puño y letra, con sus amigos residentes en otros lugares o Provincias.

Bogotá, 22 de julio de 1847.

LINO DE POMBO.





MUERTE DEL GRAL. RAFAEL TONO

El General Rafael Tono ha muerto.

Fecundo el año de 1854 en grandes calamidades, el término de su carrera ha sido marcado con el término de aquella prodigiosa existencia.

¡Oh miseria humana! Pocas horas hace que el benemérito General había recorrido parte de la ciudad y del vecino distrito del Pie de la Popa; pocas instantes hace que solazaba en el seno de su interesante familia, enalteciendo los heroicos hechos que habían dado por resultado la salvación de la República, y bendiciendo a la Providencia por los días serenos y bonancibles que le estaba dispensando en medio de los males físicos que por largo tiempo padeciera, cuando la muerte, oculta en su espeso y negro manto, levanta súbitamente su aguda y terrible espada y, como el rayo, hiere y corta de un solo golpe aquella vida que debió respetar por siempre.

Y la casa, que era el hogar de la alegría y de dulcísimas emociones, se transforma de repente en triste albergue y sempiterno duelo.

Y el venerable anciano que hoy paseaba por sus mismos pies las calles de la ciudad y del vecino distrito del Pie de la Popa, pasará mañana por los mis-

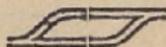
mos lugares, no ya por sus propios pies, sino en los hombros de sus compañeros de armas. . . .

Miradle, ¡ay! miradle en el lecho funerario; y allí veréis, exánime y yerto, a uno de los patriarcas de la Independencia, al vencedor en el Lago de Maracaibo y en Cispata, al Magistrado recto, probo y activo, al Representante del pueblo, al noble ciudadano que, a pesar de su edad octogenaria, consagró a la Patria, en sus últimos días, servicios importantes en calidad de Comandante General de la 3ª Brigada de la 2ª División del Ejército constitucional del Norte. . . .

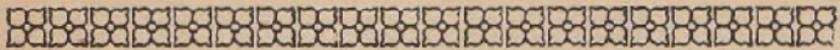
Ahora. . . mirad a su alrededor. . . ¡qué espectáculo tan solemne y sublime! . . . Es el Amor filial y la Amistad que rinden el tributo del dolor más elocuente que la humanidad puede rendir al que fue amante padre y buen amigo.

Cartagena, diciembre 31 de 1854.

JUAN ANTONIO CALVO.



EPISODIOS DEL SITIO



EL TERROR DE LOS MALVADOS

Apenas se supo en Cartagena la aproximación del ejército de Morillo, los defensores de la ciudad empezaron a tomar las medidas más apremiantes para la defensa de la plaza y sus cercanías. Al capitán de fragata, Rafael Tono, se le comisionó la defensa de la Boquilla, a Soublotte, Stuard, Piñango y Vega, el cuidado de la colina de la Popa; a Sata, la comandancia del Castillo del Angel, y a Lea la protección de Bocachica.

Julián Lea y Garzón era un joven coronel cartagenero que había conquistado todos sus grados luchando valientemente en los campos de batalla. Contaba apenas veintiocho años y era lo que se llama un buen mozo.

Dos días después de haber llegado Lea a Bocachica con un puñado de valientes, Morillo completó el bloqueo de Cartagena por mar y por tierra, siendo el coronel Francisco Tomás Morales uno de sus oficiales y en quien más depositaba absoluta confianza.

Morales, apellidado por la historia el Atila colombiano y por Morillo «el terror de los malvados», era cruel y sanguinario aun con sus mismos allegados. De él se dice que a su mujer la trataba a pun-

tapiés, y que uno de sus hijos murió a consecuencia de los violentos golpes que le daba durante los frecuentes accesos de ira que le dominaban.

El ataque sobre Tierrabomba, que ejecutó en la noche del 12 de noviembre de 1815, fue reñido, y en él demostró valor temerario cuanto arrojado; pero tan temerarios y valerosos como él fueron los patriotas, quienes defendieron el terreno palmo a palmo hasta que lograron rechazar al enemigo.

Refugiado a inmediaciones de Caño del Oro, rehizo sus fuerzas. Dos días después presentó nueva batalla, de la cual salió victorioso. Dueño de Tierrabomba, Bocachica quedó aislada y sin fuerzas suficientes para resistir el ataque de los españoles. En tal emergencia, Ducoudray y otros jefes y oficiales, se aprovecharon de las embarcaciones de los emigrados que llevaron a Bocachica, y embarcados en ellas se hicieron a la mar, dejando abandonada a la guarnición que valientemente se había conducido en los momentos del peligro.

El coronel Lea, que se había negado a acompañarlos, los vio partir, húmedos los ojos de vergüenza. Y cuando apenas eran visibles las velas de los barquichuelos que se alejaban de la costa, volvió al poblado, y dirigiéndose a sus soldados y a los moradores de la población, les dijo:

—Hemos combatido hasta el sacrificio por la patria, y os suplicara no cejar un momento en tal empresa si creyese que teníamos esperanza en salir victoriosos. Pero el enemigo es cincuenta veces más poderoso que nosotros y desde el primer choque seríamos arrollados e inmolados sin ventaja alguna para la causa de la libertad. Economicemos vidas y templemos más nuestro valor en la fragua de la amarga adversidad. Dios, que está con nosotros, será nuestro guía en la defensa de nuestros derechos, y,

como a Moisés, su poder nos abrirá las aguas del mar Rojo para que podamos llegar salvos a tierra de promisión. Ocultémonos, pues, en los bosques hasta que la trompeta del Angel Guardián de las libertades nos anuncie la hora propicia de nuestra glorificación.

Dijo; y haciendo con las manos imperativa señal de que nada más tenía que añadir, vio desfilarse ante sus ojos a todos aquellos valientes que tenían en él inquebrantable fe por la causa a la cual juraron obediencia. Ancianos y mujeres, hombres y niños, pasaron ante él cabizbajos de tristeza, mas llevando en el corazón la confianza en el triunfo.

Después, hondo suspiro se escapó de su pecho, y a su vez, abandonando el poblado, se internó en el laberinto de sus bosques, en los momentos en que el sol se ocultaba bajo el horizonte.

Cuando Morales llegó a Bócachica en són de combate, fue grande la sorpresa que experimentó al encontrarse sin enemigos a quienes combatir. Comprendió inmediatamente los motivos que impulsaran a los defensores del poblado para abandonarlo y mordiéndose los labios de ira, concibió un infame cuanto cruel proyecto. Y fue éste, el de hacer pregonar por las inmediaciones de la población que a ella llegaba llevando en sus manos rama de olivo. Creyeron los de Bocachica en la palabra del soldado, e incautos salieron de sus escondrijos y regresaron al poblado.

Cuando Morales consideró que ninguno faltaba, hizo prender al coronel Lea, y conducido éste a su presencia, lo recibió con las mayores atenciones y hasta se permitió con él algunas bromas de la más fina intención. Después de un rato de conversación con su presa hizo a uno de sus ayudantes una señal que no pasó inadvertida para Lea. El ayudante

te salió y poco después se oyeron toques de corneta que hicieron estremecer de horror al oficial prisionero. Eran señales de degüello. Lea se levantó y trató de avanzar hacia la puerta de la calle; pero la guardia que custodiaba la casa se lo impidió. Entonces se acercó a una ventana y desde ella contempló horrible cuadro que le puso los cabellos de punta. La soldadesca española, ebria de aguardiente y de venganza, degollaba sin piedad a los miseros moradores de Bochacha, sin que escapasen de tan bárbara tragedia las mujeres, los niños y los ancianos.

Trató Lea de sacar su espada, mas fue detenido fuertemente por detrás y desarmado por sus enemigos. En ese momento sintió que una mano se posaba sobre uno de sus hombros. Se volvió. Era Morales, quien sonreído, también contemplaba el espectáculo:

—Para que no quede una semilla, dijo atusándose el bigote.

Lea retrocedió y cayó medio desmayado sobre un asiento. Morales se le acercó.

—Cosas de la guerra, dijo.

Y sobre este tema desarrolló un largo discurso, ilustrándolo con hechos históricos y citas de los grandes capitanes. Pasó una media hora. Todo estaba ya en calma. La matanza había terminado. Un sirviente puso dos cubiertos en una mesa. Morales invitó a Lea. Este abrió desmesuradamente los ojos y trató de sondear la conciencia del español.

—Vamos, amigo, dejemos al tiempo que cicatrice la herida. Mientras, matemnos nosotros el hambre. A la salud de usted—agregó presentándole una copa de vino.

Inconscientemente la apuró el joven y sin pronunciar una sola palabra, se la devolvió vacía. Mo-

rales lo levantó sin grandes esfuerzos y lo condujo a la mesa. El español charlaba alegremente y comía con apetito sin descuidar a su anfitrión que en esos momentos más que hombre era un autómatas.

Después le ofreció un buen cigarro habano y una taza de café. Volvió Morales a tomar la palabra y habló de cosas alegres.

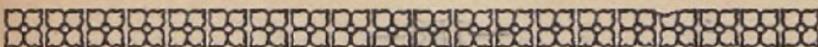
Cuando Lea se hubo fumado casi el cigarro, dos soldados se le acercaron y le ordenaron que les siguiese. El joven, siempre inconsciente, obedeció. Lo condujeron al patio de la casa, lo apoyaron contra el tronco de un viejo árbol de ceiba que en él había y le notificaron que iba a ser pasado por las armas. Recobró el joven el juicio a esta noticia, y dejando vagar por sus labios una sonrisa llena de amargura, exclamó gozoso:

—Decid a vuestro Jefe que se lo agradezco infinito, porque ya su presencia me es odiosa y no puedo vengar las infamias por él cometidas. Ahora, apuntad sólo al corazón con mirada firme y serena. ¡Fuego!

Sonó una descarga y Lea cayó de costado, pero no muerto. Un soldado se le acercó con el fin de descargarle en la frente el tiro de gracia. Morales, que había seguido desde la puerta toda la anterior escena, le gritó:

—No; sería lástima echarle a perder el rostro. Toma mi pañuelo y estrangúlale. Cuenta con que te lo agradecerá eternamente.

Dijo, se dirigió a la sala y pidió otra taza de café.



EL ASALTO DE LA POPA

Sitio del drama: La Popa
Horas: las de madrugada.
Los personajes: Soublette,
Comandante de la guardia
Del fuerte que está en la cima
De una colina escarpada,
Y que sirve a Cartagena
De defensa y de atalaya.
STUARD: es el segundo
Jefe, de la brava raza
Que, de libertad ansiosa,
Se proscribió de la Irlanda;
Veinte veces diez soldados
Defensores de su Patria,
De corazones tan firmes
Como lo son sus murallas....
La noche, lúgubre, triste;
Y la mar durmiendo en calma.

Allá abajo... los hispanos
Pisan del cerro las faldas;
Corzos son, en lo ligeros,
Leones son, en la pujanza,
Y a escalar van las trincheras

Que en el cielo se destacan.
Los manda el bravo Maortúa
Con fiereza inusitada,
Y envueltos entre las sombras
Avanzan...y siempre avanzan....
Salvando van precipicios
De una rama en otra rama,
El fusil entre los dientes,
La bayoneta calada,
La mano firme en los juncos,
La voz muda en la garganta,
La vista fija en lo alto,
En el pecho la esperanza,
En el corazón, la gloria
Y al mismo tiempo la rabia.

Si penetrar en la noche
Pudiera la vista humana,
Logrando estampar la copia
Del lóbrego panorama
Que en el cuadro del pasado
Miran los ojos del alma,
Al ver moverse esos puntos
Que sobre el monte resaltan,
Más negros que lo es el fondo
Del lienzo en que se destacan,
Acaso mirar creyera
Una bandada de águilas,
Que llevar va a sus polluelos
La comida retrasada.

Los de arriba no sospechan
Lo que abajo se prepara,
Y entregados al reposo
Descansan junto a sus armas,
Mientras la muerte alevosa
Se acerca torva y callada,

Para hacer sordo el oído
Al toque de la diana,
Y a los tintes de la aurora
Insensible la mirada.

De repente un centinela
Al aire «¿quién vive?» lanza;
Y los que suben contestan
Llenos de ardimiento: «¡España!»

Suena la trompa guerrera,
Se oyen seguidas descargas;
El trueno la escena invade;
La Popa su cumbre inflama;
Y semejante al Sinaí,

Con su diadema de llamas,
Al paso que alumbra el cielo
Riela su luz en las aguas.

«—¡Adelante, mis leales!
¡Adelante! no haya nada
Que resista a nuestro empuje
Sobre el campo de batalla!»

Y los valientes soldados
Sin miedo en el pecho, escalan

La colina de La Popa,
A pesar de la metralla,
Del grito de los heridos
Y del silbar de las balas.

Y allá van... llenos de brío,
Tocando siempre: ¡a la carga!

La sangre en ebullición
Y el furor en la mirada.
Rugen dentro de sus pechos
Tempestades desatadas
De reconcentrados odios
Y de terribles venganzas.
Y son muchos los que caen

Al bramar de las descargas
Que desde el alto le asestan
Los soldados de la Patria.
Otros ruedan despeñados
Por entre punzante zarza,
Mas ninguno huye cobarde,
Ni tuerce hacia atrás la planta.
¿Qué les importa morir
Si defienden una causa
Legítima para ellos
Y para ellos sagrada?
Y allá van... valientes todos
Escalando la montaña
Al redoble del tambor
Y al grito de ¡Viva España!

Arriba se encuentra STUARD
Blandiendo la invicta espada;
Valiente como Bayardo,
Sin miedo al par que sin tacha.
El apunta los cañones;
Los enciende... el trueno brama,
Y en las filas enemigas
Abre surcos la metralla.
El arenga a sus soldados
Y con su ejemplo y palabra
Los entusiasma y decide
A que defiendan la Patria.

¡La Patria!... A este santo nombre
Nuestro ejército se exalta,
Y al rugido de su pecho
Se estremece la montaña.
Sus brazos son arietes
Que destrozan cuanto alcanzan,
Y sus pupilas son dardos
De duro acero que matan.

Para detener sus golpes
Son de cristal las corazas;
Para contener sus iras
No tiene la Iberia vallas.
Y si es cierto lo que Homero
De los héroes griegos canta,
Nuestros soldados son héroes
Escapados de la Iliada.

Y Maortúa sigue subiendo
Sin que le detenga nada.
Siguiéndole van sus huestes
Como al cazador su jauria.
Tocando están ya sus manos
Las almenas codiciadas;
Y alentados por el éxito
Dan tan espantosa carga,
Que un momento bien pudieran
Creer por suya la jornada.
En el tambor tiembla el parche,
Las cornetas tocan diana;
Las voces en son de júbilo
Asordando el aire exclaman:
¡Viva el Rey! . . . Mas la de STUARD
Les contesta: ¡Muera España!
Y nuevamente la lucha
Se hace más encarnizada,
Los golpes se multiplican,
Se redoblan las descargas,
Y relámpagos y truenos
De nuestros caños saltan.
Así, Dios, las tempestades
Sobre los mundos desata,
Cuando resuelve en sus juicios
Castigar la estirpe humana.

Más de pronto....cesa el fuego
Y se esgrime el arma blanca;
Hiere el puñal en silencio,
Brotan chispas las espadas,
Y los hombres no son hombres,
Son serpientes que enlazadas
La muerte ve, y no se atreve
A apartar con su guadaña,
Después gemidos.....silencio.....
Negro crespón para España,
Que en la cima de la Popa
Vencedora está la Patria.....

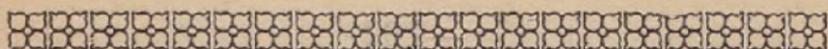
Comienza la luz del día
A extender sus blancas alas,
Iluminando el siniestro
Desenlace de aquel drama.
Pirámides de cadáveres
Por doquiera se levantan,
Y estertorosos gemidos
Que los heridos exhalan.
Más allá, y a todo vuelo,
Fugitivos que se escapan,
Huyendo despavoridos
De tan horrible matanza,
Mientras que los defensores
De la libérrima causa,
Se arrodillan y dirigen
A Dios ferviente plegaria,
Por haberle concedido
La victoria a nuestras armas.

¡STUARD,...!la vista tiende!
Mira ese negro fantasma
Envuelto entre densas brumas:
Mensajero es de desgracias.
Manlio, sobre el Capitolio,

Se ve con él cara a cara,
Julio Cèsar lo saluda
En las selvas de Aquitania;
A Bruto se le aparece
En los campos de Farsalla;
Carlos Quinto lo ve en Nápoles,
Napoleón lo ve en Wágram;
Y Bolivar lo adivina
En las riberas del Plata:
Que al formar Dios este mundo
Unió como a dos hermanas,
De los héroes, la corona,
De los mártires, la palma.

.....





A MERCED DE LAS OLAS

Contaba la plaza de Cartagena, a principios de diciembre de 1815 con cuatro mil hombres de pelea, clasificados en la forma siguiente:

Quinientos que, rápidamente, pudo reunir el general Narváez antes de encerrarse en la ciudad.

La milicia activa.

El batallón que estaba a órdenes del general Castillo, llamado "Guardia de honor."

Un cuerpo compuesto de franceses, irlandeses y otros extranjeros.

Un batallón de venezolanos.

Cien dragones.

Cincuenta carabineros.

Cuatrocientos artilleros.

"Esta era la fuerza reglamentaria—dice un documento referente a la expedición de Morillo a Costa firme, conservado en el archivo de Indias—del número de hombres que operaban, que debía ascender a número considerable, pues quien calcule que Cartagena de Indias era una ciudad populosa y depósito de extraordinario comercio, puerto de gran movimiento por su situación y comodidad para los barcos, y cabeza de dilatada provincia, donde se en-

cerraron muchos al tiempo de realizarse el sitio, comprenderá, sin dificultad, que sus defensores no serían un puñado de hombres.

“Puede probarse hasta la evidencia que los que defendieron a Cartagena y sus adyacentes, fueron muchos, pues muchos fueron los hombres que quedaron circunscriptos, y las órdenes del gobierno rebelde obligaban a todos, sin excepción, a que se empleasen en la guerra y en la defensa de su independencia, además de que todas las declaraciones tomadas a los fugitivos y las noticias adquiridas, acreditan que el paisanaje de Cartagena hacía servicio de defensa en guardias de plaza, baterías y puestos avanzados, y trabajaba en las fortificaciones.”

Durante el asedio que puso a la ciudad el general don Pablo Morillo, contaban los heroicos defensores de la plaza, además de la guarnición ya mencionada, con una corbeta de 22 cañones, diez goletas con piezas de grueso calibre en colisa y otras menores en los costados, dos balandros, veinte bongos y lanchas con cañones y obuses, y cantidad de botes, piraguas y canoas bien dotadas de gente, al mando todo del brigadier Eslaba, y a órdenes de éste el teniente de navío Luis Aury.

Todo esfuerzo hecho para abastecer la plaza de alimentos, fue inútil. Morillo la había encerrado en círculo inrompible.

A fines de noviembre el número de personas que morían de hambre, diariamente en las calles de la ciudad, pasaba de trescientos.

La guarnición estaba exangüe y los hospitales recargados de hombres, mujeres y niños semivivos.

En dos o tres ocasiones se promulgó bando en el que se incitaba a las personas incapaces de lle-

var armas, a que saliesen de la plaza; pero el temor de caer en manos de los españoles, o el deseo de perecer o salvarse junto con los defensores de la ciudad, determinó a los civiles a no aceptar la ocasión que se les ofrecía de emigrar de la ciudad hambreada.

A principios de diciembre la posición de los sitiados era insostenible.

En vista de ello, el gobernador de la plaza, después de consultar con una junta de militares sobre la situación desesperada por la cual se atravesaba, sin esperanza de socorro alguno, convinieron aquellos en que era preferible evacuar la plaza antes que capitular con el general Morillo.

Se dió órdenes al teniente Aury para que la escuadrilla a su mando estuviese preparada para hacerse a la vela con los que debían embarcarse.

Al anochecer del día 5—consigna don Juan García del Río, cartagenero—se principió la evacuación en silencio y orden admirable.

“La escena no podía ser más patética ni inspirar sentimiento más profundo de dolor.

“El padre, el esposo y el hermano dejaban en el lecho de la muerte a los seres más queridos de su corazón, y se iban a entregar sin víveres y con pequeñas fuerzas a una muerte casi segura, alejándose, acaso para siempre, de su país natal. . . .

“Al mismo tiempo veían frustrados todos sus esfuerzos, habían perdido todos los sacrificios de seis años y las esperanzas concebidas de ser libres e independientes.”

La escuadrilla constaba de trece embarcaciones, entre goletas y balandras.

A las tres y media de la tarde empezó el éxodo, y al día siguiente el enemigo, que desde lejos

bía divisado, en línea de batalla, las embarcaciones, rumbo a Bocachica, ordenó seguirles el alcanec; y hecha la señal de acometer, salió a la pelea con los patriotas, que no se amedrentaron, antes bien los vieron venir con pecho animoso y bizarría.

La línea de batalla de los españoles se extendía desde Caño del Oro hasta Bocachica, esto es, más de una milla de extensión.

Cinco baterías de corbeta, con tres cañones de grueso calibre en cada una, y diez bongos de guerra en las distancias intermedias de una a otra de las baterías mencionadas, impedían el paso a todo buque que se otreviese a entrar en la mencionada zona de fuego.

En la parte sur de la bahía, hacia Cospique (1), colocaron los españoles doce embarcaciones de guerra.

Así, pues, los emigrantes se encontraron entre dos líneas de fuego cruzados, tan hábilmente servidos que no pasaba segundo sin que se sintiera el silbido de las granadas en el aire y luégo el estallido de ellas.

El fuego, puede decirse, era a quemarropa. Desde que se trabó el combate hubo heridos y muertos en uno y otro lado.

De los buques, el más perseguido por la zaña del enemigo era la goleta de guerra *Constitución*, que enarbolaba la enseña del Comandante de la flota, Luis Aury. En proa de este buque, un oficial joven, sereno y soureído, contemplaba el combate, en el momento más encarnizado de él.

(1) Cospique escribe el general Morillo.

Este oficial era de nariz bien perfilada, tez blanca, cabellos negros, ojo observador, talla mediana y pocas carnes, algo taciturno y en extremo modesto.

Contemplaba, decimos, el combate, cuando el teniente Aury se le acercó y le dijo:

—Teniente Sucre, si la noche no nos cobija, antes de una hora seremos presa de la *Diana* y la *Ifigenia*. ¿Distingue usted aquellas velas, hinchadas por la brisa, con rumbo hacia nosotros?

—Perfectamente, Comandante—replicó Sucre.—Y hubiera asegurado que son dos gaviotas que juegan con las olas.

—En efecto, tál parecen; pero en realidad son las fragatas *Diana* e *Ifigenia*, ambas de 34 cañones, que nos dan caza. Comanda la primera el viejo lobo marino don José de Salas, más sanguinario y cruel que una pantera, y capitanea la segunda don Alejo Gutiérrez de Rubalcaba, bravo como toro salvaje, discípulo del feroz Morillo. Ni da cuartel ni lo pide. Se consideraría el hombre más feliz de la tierra si lograra agarrarnos por el pescuezo. Por eso, repito que, si la noche no llega antes que estemos a tiro de cañón de las dos fragatas españolas, no veo la manera de escapar.

—Comandante—replicó Sucre,—hay un medio de balancear este grave momento.

—¿Cuál, teniente Sucre?

—Abordar algunos de los buques que tenemos enfrente y luégo, menos hacinados y mejor comidos y bebidos, hacernos a la mar.

—¡Pero usted está loco, teniente!—exclamó Aury lanzando estruendosa carcajada. —¡Usted cree en im-

posibles!... ¡Tiene gracia, mucha gracia, la fórmula de usted!... Diablos!... Alguien acaba de gritar... (1)

Efectivamente, grito de angustia acaba de ser lanzado cerca de los dos tenientes. Volviéronse ambos y vieron un hombre que caía destripado por una granada y una dama joven, desmayada, a punto de rodar por el suelo.

Corrió Sucre, rápido hacia ella, y tuvo tiempo de recibirla en sus brazos. Levantóla, como si se tratara de un niño, y se dirigió a la cámara del buque al mismo tiempo que decía:

—Avisen al doctor Peña.

No hubo necesidad de avisar al cirujano, porque éste, que también había oído el grito lanzado por la joven, estaba ya a su lado.

En la cámara de la goleta, hacinados, macilentos por el hambre, había numerosos pasajeros.

—Tengan la bondad—dijo Sucre—de hacer sitio a esta señora, y salgan los hombres de la cámara.

Obedecido al punto, el cirujano empezó a examinar minuciosamente a la dama, y al cabo de un momento exclamó:

—¡Aquí está lo que es!... ¡En el esternón!... ¡Chi, chi! Vean ustedes la marca!...

Y puso el dedo en un chamuscado del corpiño, como del tamaño de una peseta. Luégo, con el bisturi, cortó la tela y aparecieron las carnes, bañadas de amarillez.

(1) Si Aury hubiera abordado algunos de estos buques de alto bordo, cuya tripulación había sido trasladada en su mayor parte a algunas embarcaciones sùtiles de la bahía, otra habría sido la suerte de los emigrados.

Del cuello de la dama, sostenida por cinta verde, pendía una medalla de la Virgen, y por la abolladura que se observaba en el metal se comprendía que éste había recibido directamente el golpe de la bala.

—¡Chi!—añadió el galeno.—¡Digan ahora que no es esto un milagro!... Vamos, señora, abra usted los ojos....

Ella pulsó detenidamente, y sonreído, dijo con alegría:

—Susto, un poco de susto y nada más. ¡Chi! si la bala se hubiera desviado una línea, a la izquierda. . .

—Gracias, doctor Peña,—exclamó un joven, trémula la voz, pálido el rostro y húmedos los ojos.—Gracias por su atención. Le debo a usted la vida, porque si ella hubiese muerto....

Y no terminó, ahogada la voz por los sollozos. Clavó en el suelo las rodillas, se inclinó ante la joven, y besándola en la frente, murmuraba:

—Florencia, vida mía, no ha sido nada, vuelve en tí; oye, soy yo, Ignacio....

Ella acariciaba amorosamente y le apretaba las manos.

Florencia, como él la llamaba, continuó cecia de unos diez minutos más, perdido el conocimiento, al cabo de los cuales se estremeció profundamente, y abrió los ojos.

—¡Chi!—exclamó el doctor Peña (1) retirándose junto con Sucre y Aury a cubierto.—*Deus, ecce Deus*, decía la sibila de Cumas, y... yo también.

(1) Se llamaba Manuel, cartagenero; fué notable cirujano y rico hacendado.

Lluvia de plomo caía aún alrededor de la goleta y lejos, bebiendo los vientos, se divisaban las fragatas *Diana* é *Ifigenia*.

—¡Media hora más y estamos salvados— exclamó el comandante Aury.

Efectivamente, la noche se aproximaba, y la noche era el triunfo de los emigrados. De pronto, una voz gruesa y retumbante, gritó desde uno de los mástiles de la goleta:

—¡Nublo por el este!

—¡Demontre!—exclamó Aury.—Es lo que se llama estar entre Escila y Caribdis.

Decía esto cuando don Ignacio Pimental, marido de la dama cartagenera, que estuvo a punto de ser muerta por bala enemiga, se presentó ante ellos con el propósito de manifestarles su agradecimiento por los cuidados que habían prestado a su mujer en el duro trance que acababa de pasar.

Y en tales cumplimientos se hallaban los del coloquio cuando la *Ifigenia*, que se había adelantado a la *Diana*, rompió fuego contra la *Constitución* y demás buques de la armada cartagenera.

Por fortuna el sol acababa de ocultarse y la fragata se hallaba aún a más de tres cuadras de distancia.

No obstante esto, ambos contendientes se fusilaban sin piedad.

Las baterías de tierra firme vomitaban con siniestro ruido mortífera metralla y los buques españoles redoblaban el fuego.

Una bala pasó silbando por encima de la cabeza de Sucre y otra alcanzó a un marinero que cayó, revolcándose, en charco de sangre.

Algunos buques lograron ponerse bajo la batería de Bocachica, amainaron y se anclaron.

Poco a poco, no sin dejar de defenderse, los demás buques hicieron lo mismo.

Pero hé aquí que cuando la *Constitución* tomaba igual medida, una bala alcanzó a don Ignacio Pimentel y le dejó muerto instantáneamente.

Corrieron hacia él Sucre y sus compañeros, trataron de levantarle, con la esperanza de que no fuese cosa grave; mas dejándole en el mismo sitio, el Comandante, dirigiéndose a Sucre, dijo:

—Teniente, creo que ahora no se necesitan de los conocimientos y cuidados del doctor Peña..... ¿Quiere usted encargarse de la comisión de anunciar a la joven viuda de este duelo para ella?

—Comandante—contestó Sucre—daría la mitad de mi vida por evitar a la encantadora cartagenera un dolor más a sus penas.

—¡Ah! Hé aquí el doctor.

—¡Chi! ¡Chi!—replicó éste.

La damita sigue bien; ya se ríe, palabra de honor; y ¡qué dientes tan bonitos tiene esa señora! Y si si oyeran ustedes el timbre de su voz, parece música, ¡chi! ¡chi!... Y los ojos, dos carbuncos relucientes, fascinadores, magnetizantes....

—Doctor, interrumpió Sucre—si usted es soltero.....

—Por la gracia de Dios.

—Pues bien, si tanto le encanta esa dama, bien puede ir arreglando sus papeles de casamiento.

—¿Qué quiere usted decirme?

—Vuelva el rostro y mire.

Obedeció el doctor y al divisar el cadáver exclamó:

—¡Un hombre muerto!

—El marido de la señora Pimental.... Desgraciadamente, doctor, desgraciadamente.....

—¡Pobre señora! Y ella que ignora aún este nuevo sufrimiento. . . .

—Y porque lo ignora hay que hacérselo saber.

—¡Chi! ¡chi! ¿Y por qué no se lo han dicho ustedes?

—Por lo mismo, querido doctor; porque siendo usted médico del cuerpo, ha de serlo también del alma. ¿Quiere usted encargarse de esta comisión?

—¿Por qué no? llorará, se desesperará, y hasta habrá una que otra convulsión: entonces, aquí entra mi ciencia. ¡Animo, ánimo, y Dios con nosotros!

Volvió a la cámara del buque, murmurando entre dientes el mismo estribo, el ¡chi! ¡chi! que le conocemos.

En ese momento la goleta dio fondo, y a pesar de que la obscuridad lo envolvía todo, no dejaron los enemigos de hacer fuego, aunque con mayor tregua.

Se ordenó que ningún buque de la flota cartagenera contestase a los fuegos de los españoles, que la marinería tomase algún alimento y que descansase hasta las doce de la noche.

El cadáver de Pimentel fue envuelto en sábanas y preparado con pesos para ser arrojado al mar tan pronto se separase la goleta de la costa.

La viuda y dos o tres señoras más, alrededor del cadáver, invocaban el nombre del Señor.

La escena, harto patética, había producido en la tripulación del barco, honda melancolía. Todos callaban, todos sentían dolor de cosas tristes, aumentado por el maúllo de las jarcias azotadas por templada brisa.

A las doce empezó, por entre los castillos el desfile de los barcos. La obscuridad de la noche

facilitó esta operación. La flotilla, libre de todo seguimiento, desplegadas las velas, emprendió triunfal escapatoria. Sin embargo, no todo debía ser satisfactorio en esos momentos. Nubes de tempestad acumuladas al este, y ya cercanas, amenazaban a la flota.

Aury se acercó a Sucre, quien de pie cabe la proa, contemplaba las inquietas cuanto luciferas olas desfloradas por la quilla del barco.

—Teniente Sucre—dijo Aury en voz baja a su compañero de navegación,—dentro de poco tendremos que correr formidable vendaval. Siento ya en el rostros el calor de su aliento y observo que el mar empieza a encrespase. Es indudable que la flotilla se dispersará, y que muchos, si no todos, de los barcos que la componen, naufragarán o sufrirán averías irreparables. Escuche cómo llega hasta nosotros el fragor del trueno. Hay que encerrar en la cámara a las mujeres y en las bodegas a los hombres, porque, digo a usted, que esto será peor que la cólera de los dioses. Y hasta usted, teniente, hasta usted... sí, sería prudente que usted también abandonara la cubierta.

—Muchas gracias, Comandante, muchas gracias; pero estoy interesado en saber cómo son las tempestades del mar, y nadie, ni el mismo Neptuno armado con su tridente, me movería de donde estoy. Pero no era de mí de quien usted probablemente quería hablar.

—Así es, teniente.

—¿Y qué desea usted decirme?

—Desearía el servicio de que hiciera usted saber a la joven viuda que ha llegado el momento de la separación.

—¡Caramba! Lo que usted desca es más grave que derrotar un regimiento.

—Escuche usted.

—Le oigo, Comandante.

—Compartamos la gravedad del caso.

—Comprendo, y como es difícil negarme a esta nueva solicitud de usted, me pongo a sus órdenes.

Y los dos se aproximaron al grupo de mujeres que velaban el cadáver de Pimentel.

Florencia levantó el rostro hacia el Comandante, y luégo, trémula y ahogada la voz, lo dijo:

—Señor, acaba de decirme el médico que debo mostrar fortaleza ante el nuevo dolor que se me espera.

—Efectivamente, señora—replicó Aury.—Dentro de poco será imposible permanecer en cubierta. Tenemos encima la ira de los vientos, y ante la voz de la naturaleza, es preciso resignarse. Recé usted su oración de despedida mientras se dispone lo conveniente para sepultar a su marido.

Y luégo que se hubo alejado y dado a un marino, en voz baja ciertas órdenes, dijo a Sucre:

—Hemos tenido la fortuna de que el doctor se haya adelantado y preparado el espíritu de la joven viuda.

—No opino con usted Comandante, replico Sucre.

—¿Por qué asegura usted lo contrario?

—Sencillamente porque juzgo que esa señora no se ha resignado en cinco minutos a la cruel separación. Observe que no ha discutido un plazo de minutos siquiera, para que se le deje rezar algunas oraciones más.

—¿Y eso qué?

—Que si no ha pedido es porque tiene motivos para no hacerlo.

—Recuerde que no todo será muerto, *non omnis moriar*; porque aun en el seno de las tempestades hasta el amor renace.

—En poesía todo eso puede ser cierto.

—Y en prosa también, amigo mío.

El cielo tronaba más fuerte. Las naves, a merced del huracán, volaban cual alocadas gaviotas en medio de las agitadas aguas marinas. Confusión reinaba en los frágiles barcos y terror y espanto en los ánimos de los tripulantes.

—¡Atención!—gritó Aury a la marinería.

Cuatro hombres levantaron el cadáver de Pimentel y se encaminaron con él a la borda de la goleta. Detrás, la viuda y dos de sus amigas, rezaban. Sucre, el doctor y Aury, hondamente conmovidos, contemplaban la escena.

Todo el velamen de la *Constitución* crujió como si hubiera sido desgarrado por una dentellada del vendaval.

—A la una... a las dos... a las tres...—gritaron los conductores del cadáver.

Y lo lanzaron al mar.

—Credo—dijo Sucre.

—Credo—respondieron los que le acompañaban. E iban a separarse cuando al resplandor de un relámpago y ensordecidos por descarga eléctrica, divisaron la sombra de una mujer que saltaba al mar.

—¡Desgraciada!—exclamó Aury.

Y corrieron hacia el lugar por donde la viuda se había lanzado al agua.

A favor de otro relámpago pudieron examinar rápidamente la superficie del mar, y sus encrespadas olas, y sus fauces hambrientas.

Luégo, la obscuridad volvió a cubrirlo todo y el trueno a dominar la escena.

INDICE

PÁGINAS

Sitios de Cartagena.	5
El año trágico.	15
Asedio de Cartagena en 1815.	37
Memorias de Ducoudray.	109

TRES PROCERES:

Almirante Luis Brión.	139
Necrología de don J. de D. Amador.	143
Muerte del general Rafael Tono.	147

EPISODIOS DEL SITIO:

El terror de los malvados.	151
El asalto de la Popa.	157
A merced de las olas.	165

Se acabó de imprimir este libro en
la Tipografía de J. V. MOGOLLON
el 24 de febrero de 1916.